

somos vasallos de un gran rey y señor que nos envió á estas partes, el cual se dice el emperador don Carlos, que manda que á los que estuvieren en su real servicio que les ayudemos é favorezcamos; y que si ellos fueren buenos, como dicen, que así lo harémos, é si no, que soltará de aquellos tepustles que los maten (al hierro llaman en su lengua *tepusile*), que aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra están enojados algunos dellos. Entonces secretamente mandó poner fuego á la bombardas que estaba cebada, é dió tan buen trueno y recio como era menester; iba la pelota zumbando por los montes, que, como en aquel instante era mediodía é hacia calma, llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de la oír; y como no habían visto cosa como aquella, creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo, y para asegurarles del miedo, les tornó á decir con Aguilar que ya no hubiesen miedo, que él mandó que no hiciese daño; y en aquel instante trujeron el caballo que había tomado olor de la yegua, y átanlo no muy léjos de donde estaba Cortés hablando con los caciques; y como á la yegua la habían tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo, y relinchaba y hacia bramuras, y siempre los ojos mirando á los indios y al aposento donde había tomado olor de la yegua; é los caciques creyeron que por ellos hacia aquellas bramuras del relinchar y el patear, y estaban espantados. Y cuando Cortés los vió de aquel arte, se levantó de la silla, y se fué para el caballo y le tomó del freno, é dijo á Aguilar que hiciese creer á los indios que allí estaban que había mandado al caballo que no les hiciese mal ninguno; y luego dijo á dos mozos de espuelas que lo llevasen de allí léjos, que no lo tornasen á ver los caciques. Y estando en esto, vinieron sobre treinta indios de carga, que entre ellos llaman tamenes, que traían la comida de gallinas y pescado asado y otras cosas de frutas, que parece ser se quedaron atrás ó no pudieron venir juntamente con los caciques. Allí hubo muchas pláticas Cortés con aquellos principales, y dijeron que otro día vendrían todos, é traerían un presente é hablarían en otras cosas; y así, se fueron muy contentos. Donde los dejaré agora hasta otro día.

CAPITULO XXXVI.

Cómo vinieron todos los caciques é calachonis del rio de Grijalva y trajeron un presente, y lo que sobre ello pasó.

Otro día de mañana, que fué á los postreros del mes de marzo de 1519 años, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo y otros comarcanos, haciendo mucho acato á todos nosotros, é trajeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas, y unas largartijas, y dos como perrillos, y orejeras, é cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro, como de sus cotorras, y otras cosillas de poco valor, que yo no me acuerdo qué tanto valía, y trajeron mantas de las que ellos traían é hacían, que son muy bastas; porque ya habrán oído decir los que tienen noticia de aquella provincia que no las hay en aquella tierra sino de poco valor; y no fué nada este presente en comparacion de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así

se llamó después de vuelta cristiana. Y dejaré esta plática, y de hablar della y de las demás mujeres que trujeron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los caciques y con Aguilar el intérprete á hablar, y les dijo que por aquello que traían se lo tenía en gracia; mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente, mujeres é hijos, y que dentro de dos días le quería ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera paz. Y luego los caciques mandaron llamar todos los vecinos, é con sus hijos é mujeres en dos días se pobló. Y á lo otro que les mandó, que dejasen sus ídolos é sacrificios, respondieron que así lo harían; y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes á nuestra santa fe, y cómo éramos cristianos é adorábamos á un solo Dios verdadero, y se les mostró una imagen muy devota de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les declaró que aquella santa imagen reverenciábamos porque así está en el cielo y es Madre de nuestro Señor Dios. Y los caciques dijeron que les parece muy bien aquella gran *Tecleciguata*, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque á las grandes señoras en su lengua llaman *tecleciguatas*. Y dijo Cortés que si daría, y les mandó hacer un buen altar bien labrado; el cual luego le hicieron. Y otro día de mañana mandó Cortés á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yañez é Alvaro Lopez (ya otra vez por mí memorados), que luego labrasen una cruz bien alta; y después de haber mandado todo esto, dijo á los caciques qué fué la causa que nos dieron guerra tres veces, requiriéndonos con la paz. Y respondieron que ya habían demandado perdón dello y estaban perdonados, y que el cacique de Champoton, su hermano, se lo aconsejó, y porque no le tuviesen por cobarde, porque se lo reñían y deshonoraban, porque no nos dió guerra cuando la otra vez vino otro capitán con cuatro navios; y según pareció, decíalo por Juan de Grijalva. Y también dijo que el indio que traíamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de día y de noche nos diesen guerra, porque éramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trajesen, é dijeron que como les vió que en la batalla no les fué bien, que se les fué huyendo, y que no sabían del aunque le han buscado, é supimos que le sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos. Y mas les preguntó, que de qué parte traían oro y aquellas joyezuelas. Respondieron que de hácia donde se pone el sol, y decían *Culchúa* y *Méjico*, y como no sabíamos qué cosa era Méjico ni Culchúa, dejámoslo pasar por alto; y allí traíamos otra lengua que se decía Francisco, que hubimos cuando lo de Grijalva, ya otra vez por mí nombrado, mas no entendía poco ni mucho la de Tabasco, sino la de Culchúa, que es la mejicana; y medio por señas dijo á Cortés que *Culchúa* era muy adelante, y nombraba *Méjico*, *Méjico*, y no le entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro día, que se puso en el altar la santa imagen de nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos; y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre á aquel pueblo Santa María de la Vitoria, é así se

llama agora la villa de Tabasco; y el mismo fraile con nuestra lengua Aguilar predicó á las veinte indias que nos presentaron, muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de antes creían, que eran malos y no eran dioses, ni mas les sacrificasen, que los traían engañados, é adorasen á nuestro Señor Jesucristo; é luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron, y verdaderamente era gran cacica é hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona; lo cual diré adelante cómo y de qué manera fué allí traída; é de las otras mujeres no me acuerdo bien de todos sus nombres, é no hace al caso nombrar algunas, mas estas fueron las primeras cristianas que hubo en la Nueva-España. Y Cortés las repartió á cada capitán la suya, é á esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida é desenvuelta, dió á Alonso Hernandez Puertocarrero, que ya le dicho otra vez que era muy buen caballero, primo del conde de Medellin, y desque fué á Castilla el Puertocarrero, estuvo la doña Marina con Cortés, é della hubo un hijo, que se dijo don Martin Cortés, que el tiempo andando fué comendador de Santiago. En aquel pueblo estuvimos cinco días, así porque se curaban las heridas como por los que estaban con dolor de riñones, que allí se les quitó; y demás desto, porque Cortés siempre atraía con buenas palabras á los caciques, y les dijo cómo el Emperador nuestro señor, cuyos vasallos somos, tiene á su mandado muchos grandes señores, y que es bien que ellos le den la obediencia; é que en lo que hubieren menester, así favor de nosotros como otra cualquiera cosa, que se lo hagan saber donde quiera que estuviésemos, que él les vendrá á ayudar. Y todos los caciques le dieron muchas gracias por ello, y allí se otorgaron por vasallos de nuestro grande emperador. Estos fueron los primeros vasallos que en la Nueva-España dieron la obediencia á su majestad. Y luego Cortés les mandó que para otro día, que era domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al altar que hicimos, con sus hijos y mujeres, para que adorasen la santa imagen de nuestra Señora y la cruz; y asimismo les mandó que viniesen seis indios carpinteros, y que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el pueblo de Cintia, adonde Dios nuestro Señor fué servido de darnos aquella vitoria de la batalla pasada, por mí referida, que hiciesen una cruz en un árbol grande que allí estaba, que llaman ceiba, é hicierónla en aquel árbol á efecto que durase mucho, que con la corteza, que suele reverdecer, está siempre la cruz señalada. Hecho esto mandó que aparejasen todas las canoas que tenían, para nos ayudar á embarcar, porque aquel santo día nos queríamos hacer á la vela, porque en aquella sazón vinieron dos pilotos á decir á Cortés que estaban en gran riesgo los navios por amor del norte, que es travesía. Y otro día muy de mañana vinieron todos los caciques y principales con todas sus mujeres é hijos, y estaban ya en el patio donde teníamos la iglesia y cruz, y muchos ramos cortados para andar en procesion; y desque los caciques vimos juntos, Cortés y todos los capitanes á una con gran devocion anduvimos una muy devota procesion, y el padre de la Merced y Juan Diaz el clérigo revestidos, y se dijo misa, y adoramos y be-

samos la santa cruz, y los caciques é indios mirándonos. Y hecha nuestra solemne fiesta según el tiempo, vinieron los principales é trajeron á Cortés diez gallinas y pescado asado é otras legumbres, é nos despedimos dellos, y siempre Cortés encomendándonos la santa imagen de nuestra Señora y las santas cruces, y que las tuviesen muy limpias, y barrida la casa é la iglesia y enramado, y que las reverenciasen, é hallarian salud y buenas sementeras; y después que era ya tarde nos embarcamos, y á otro día lunes por la mañana nos hicimos á la vela, y con buen viaje navegamos é fuimos la vía de San Juan de Ulúa, y siempre muy juntos á tierra; é yendo navegando con buen tiempo, decíamos á Cortés los soldados que veníamos con Grijalva, como sabíamos aquella derrota: «Señor, allí queda la Rambla, que en lengua de indios se dice *Aguayaluco*.» Y luego llegamos al paraje de *Tonala*, que se dice San Anton, y se lo señalábamos; mas adelante le mostramos el gran rio de *Guazacualco*, é vió las muy altas sierras nevadas, é luego las sierras de San Martin; y mas adelante le mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos que entran en la mar, é tiene una señal arriba como á manera de silla; é mas adelante le mostramos el rio de Albarado, que es adonde entró Pedro de Albarado cuando lo de Grijalva; y luego vimos el rio de Banderas, que fué donde rescatamos los diez y seis mil pesos, y luego le mostramos la isla Blanca, y también le dijimos adonde quedaba la isla Verde; y junto á tierra vió la isla de Sacrificios, donde hallamos los altares cuando lo de Grijalva, y los indios sacrificados, y luego en buena hora llegamos á San Juan de Ulúa juéves de la Cena después de mediodía. Acuérdome que llegó un caballero que se decía Alonso Hernandez Puertocarrero, é dijo á Cortés: «Paréceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces á esta tierra:

Cata Francia, Montesinos
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero,
Do van á dar á la mar.

Yo digo que mireis las tierras ricas, y sabéos bien gobernar.» Luego Cortés bien entendió á qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió: «Dénos Dios ventura en armas como al paladín Roldán; que en lo demás, teniendo á vuestra merced y á otros caballeros por señores, bien me sabré entender.» Y dejémoslo, y no pasemos de aquí: esto es lo que pasó; y Cortés entró en el rio de Albarado, como dice Gómora.

CAPITULO XXXVII.

Cómo doña Marina era cacica é hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fué traída á Tabasco.

Antes que mas meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran Méjico y mejicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fué gran señora de pueblos y vasallos, y es desta manera: que su padre y su madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Paimala, y tenía otros pueblos sujetos á él, obra de ocho leguas de la villa de Guacaluco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro

cacique mancebo y hobieron un hijo, y segun pareció, querian bien al hijo que habian habido; acordaron entre el padre y la madre de dalle el cargo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche la niña á unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto, y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya, y publicaron que era la heredera, por manera que los de Xicalango la dieron á los de Tabasco, y los de Tabasco á Cortés, y conoció á su madre y á su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre á su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido; y después de vueltos cristianos, se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro; y esto sólo muy bien, porque en el año de 1523, después de ganado Méjico y otras provincias, y se había alzado Cristóbal de Olí en las Higueras, fué Cortés allá y pasó por Guacacualco, fuimos con él á aquel viaje toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa, como diré en su tiempo y lugar; y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva-España, Tlascalá y Méjico fué tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, á esta causa la traía siempre Cortés consigo, y en aquella sazón y viaje se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jaramillo, en un pueblo que se decía Orizava, delante de ciertos testigos, que uno dellos se decía Aranda, vecino que fué de Tabasco, y aquel contaba el casamiento, y no como lo dice el coronista Gómora; y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva-España. Y estando Cortés en la villa de Guacacualco, envió á llamar á todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina y sobre su buen tratamiento, y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre Lázaro, con otros caciques. Días había que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabía el capitán Cortés, y Aguilar, la lengua; por manera que vino la madre y su hija y el hermano, y conocieron que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba á llamar para matarlos, y lloraban; y como así los vido llorar la doña Marina, los consoló, y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que se hacían, y se lo perdonaba, y les dió muchas joyas de oro y de ropa y que se volviesen á su pueblo, y que Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hiciesen cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva-España, no lo sería; que en mas tenía servir á su marido é á Cortés que cuanto en el mundo hay; y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente, y se lo juró amen. Y esto me parece que quiere remediar á lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto á Josef, que vinieron á su poder cuando lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relación que dieron al Gómora, y también dice otras cosas que dejo por alto. E volviendo á nuestra materia, doña Marina sabía la lengua de Guacacualco, que es la propia

de Méjico, y sabía la de Tabasco, como Jerónimo de Aguilar, sabía la de Yucatan y Tabasco, que es toda una; entendíanse bien, y el Aguilar lo declaraba en castellano á Cortés; fué gran principio para nuestra conquista; y así se nos hacían las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto, porque sin doña Marina no podíamos entender la lengua de Nueva-España y Méjico. Donde lo dejaré, é volveré á decir cómo nos desembarcamos en el puerto de San Juan de Ulúa.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo llegamos con todos los navíos á San Juan de Ulúa, y lo que allí pasamos.

En Juéves Santo de la Cena del Señor de 1519 años llegamos con toda la armada al puerto de San Juan de Ulúa; y como el piloto Alaminos lo sabía muy bien desde cuando venimos con Juan de Grijalva, luego mandó surgir en parte que los navíos estuviesen seguros del norte, y pusieron en la nao capitana sus estandartes reales y veletas, y desde obra de media hora que surgimos, vinieron dos canoas muy grandes (que en aquellas partes á las canoas grandes llaman piraguas), y en ellas vinieron muchos indios mejicanos, y como vieron los estandartes y navío grande, conocieron que allí habían de ir á hablar al Capitán, y fuéronse derechos al navío, y entrandentro y preguntan quién era el Tlatoan, que en su lengua dicen el señor. Y doña Marina, que bien lo entendió, porque sabía muy bien la lengua, se lo mostró. Y los indios hicieron mucho acato á Cortés á su usanza, y le dijeron que fuese bien venido, é que un criado del gran Montezuma, su señor, les enviaba á saber qué hombres éramos é qué buscábamos, é que si algo hubiésemos menester para nosotros y los navíos, que se lo dijésemos, que traerían recaudo para ello. Y nuestro Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y doña Marina, que se lo tenía en merced; y luego les mandó dar de comer y beber vino, y unas cuentas azules, y cuando hubieron bebido, les dijo que veníamos para vellos y contratar, y que no se les haría enojo ninguno, é que hubiesen por buena nuestra llegada á aquella tierra. Y los mensajeros se volvieron muy contentos á su tierra; y otro día, que fué Viérnes Santo de la Cruz, desembarcamos, así caballos como artillería, en unos montones de arena, que no había tierra llana, sino todos arenales, y asestaron los tiros como mejor le pareció al artillero, que se decía Mesa, y hicimos un altar, adonde se dijo luego misa, é hicieron chozas y enramadas para Cortés y para los capitanes, y entre tres soldados acarreamos madera é hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros; y en esto se pasó aquel Viérnes Santo. Y otro día sábado, víspera de Pascua, vinieron muchos indios que envió un principal que era gobernador de Montezuma, que se decía Pitalpitoque, que después le llamamos Ovandillo, y trujeron hachas y adobaron las chozas del capitán Cortés y los ranchos que mas cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima, por amor del sol, que era cuaresma é hacía muy gran calor, y trujeron gallinas y pan de maíz y ciruelas, que era tiempo dellas, y parecemo

que entonces trujeron unas joyas de oro, y todo lo presentaron á Cortés, é dijeron que otro día había de venir un gobernador á traer mas bastimento. Cortés se lo agradeció mucho y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fueron muy contentos. Y otro día, pascua santa de Resurrección, vino el gobernador que habían dicho, que se decía Tendile, hombre de negocios, é trujo con él á Pitalpitoque, que también era persona entre ellos principal, y traía detrás de sí muchos indios con presentes y gallinas y otras legumbres, y á estos que los traían mandó Tendile que se apartasen un poco á un cabo, y con mucha humildad hizo tres reverencias á Cortés á su usanza, y después á todos los soldados que mas cercanos nos hallamos. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas que fuesen bien venidos, y los abrazó, y les mandó que esperasen y que luego les hablaría, y entre tanto mandó hacer un altar lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dijo misa cantada fray Bartolomé de Olmedo, y la beneficiaba el padre Juan Díaz, y estuvieron á la misa los dos gobernadores y otros principales de los que traían en su compañía; y oído misa, comió Cortés y ciertos capitanes de los nuestros y los dos indios criados del gran Montezuma. Y alzadas las mesas, se apartó Cortés con las dos nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar y con aquellos caciques, y les dijimos cómo éramos cristianos y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Carlos, y que tiene por vasallos y criados á muchos grandes señores, y que por su mandado veníamos á aquestas tierras, porque há muchos años que tienen noticia dellas y del gran señor que les manda, y que lo quiere tener por amigo y decille muchas cosas en su real nombre, y cuando las sepa é haya entendido se holgará dello, y para contratar con él y sus indios y vasallos de buena amistad, y quería saber dónde manda que se vean y se hablen. Y el Tendile le respondió algo soberbio, y le dijo: «Aun agora has llegado y ya le quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en su nombre, y después me dirás lo que te cumpliere;» y luego sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y mas de diez cargas de ropa blanca de algodón y de pluma, cosas muy de ver, y otras joyas que ya no me acuerdo, como há muchos años, y tras esto mucha comida, que eran gallinas de la tierra, fruta y pescado asado. Cortés las recibió riendo y con buena gracia, y les dió cuentas de diamantes torcidas y otras cosas de Castilla; y les rogó que mandasen en sus pueblos que viniesen á contratar con nosotros, porque él traía muchas cuentas á trocar á oro, y le dijeron que así lo mandarian. Y segun después supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran gobernadores de unas provincias que se dicen Cotastlan, Tustepeque, Guazpaltepeque, Tlalteteclco, y de otros pueblos que nuevamente tenían sojuzgados; y luego Cortés mandó traer una silla de caderas con entalladuras muy pintadas y unas piedras margajitas que tienen dentro en sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenían almizcle porque oliesen bien, y un sartal de diamantes torcido y una gorra de carmesí con una medalla de oro, y en ella figurado á san Jorge, que estaba á caballo con una lanza

y parecía que mataba á un dragon; y dijo á Tendile que luego enviase aquella silla en que se asiente el señor Montezuma para cuando le vaya á ver y hablar Cortés, y que aquella gorra que la ponga en la cabeza, y que aquellas piedras y todo lo demás le mandó dar el Rey nuestro señor, en señal de amistad, porque sabe que es gran señor, y que mande señalar para qué día y en qué parte quiere que le vaya á ver. Y el Tendile le recibió y dijo que su señor Montezuma es tan gran señor, que se holgara de conocer á nuestro gran rey, y que le llevaría presto aquel presente y traerá respuesta. Y parece ser que el Tendile traía consigo grandes pintores, que los hay tales en Méjico, y mandó pintar al natural rostro, cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, y navíos y velas é caballos, y á doña Marina é Aguilar, hasta dos lebreles, é tiros é pelotas, é todo el ejército que traíamos, é lo llevó á su señor. Y luego mandó Cortés á nuestros artilleros que tuviesen muy bien cebadas las bombardas con buen golpe de pólvora para que hiciesen gran trueno cuando las soltasen, y mandó á Pedro de Albarado que él y todos los de á caballo se aparejasen para que aquellos criados de Montezuma los viesen correr, y que llevasen pretales de cascabeles; y también Cortés cabalgó y dijo: «Si en estos medaños de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya verán que á pié atollamos en la arena: salgamos á la playa desque sea menguante, y correrémos de dos en dos;» é al Pedro de Albarado, que era su yegua alazana, de gran carrera y revuelta, le dió el cargo de todos los de á caballo. Todo lo cual se hizo delante de aquellos dos embajadores, y para que viesen salir los tiros dijo Cortés que les quería tornar á hablar con otros muchos principales, y ponen fuego á las bombardas, y en aquella sazón hacia calma; iban las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y lo mandaron pintar á sus pintores para que Montezuma lo viese. Y parece ser que un soldado tenía un casco medio dorado, y vióle Tendile, que era mas entremetido indio que el otro, y dijo que parecía á unos que ellos tienen que les habían dejado sus antepasados del linaje donde venían, el cual tenían puesta en la cabeza á sus dioses Huichilóbos, que es su ídolo de la guerra, y que su señor Montezuma se holgará de lo ver, y luego se lo dieron; y les dijo Cortés que porque quería saber si el oro desta tierra es como el que sacan de la nuestra de los ríos, que le envíen aquel casco lleno de granos para enviarlo á nuestro gran emperador. Y después de todo esto, el Tendile se despidió de Cortés y de todos nosotros, y después de muchos ofrecimientos que les hizo el mismo Cortés, le abrazó y se despidió dél, y dijo el Tendile que él volvería con la respuesta con toda brevedad; é ido, alcanzamos á saber que, después de ser indios de grandes negocios, fué el mas suelto peon que su amo Montezuma tenía; el cual fué en posta y dió relación de todo á su señor, y le mostró el dibujo que llevaba pintado y el presente que le envió Cortés; y cuando el gran Montezuma le vió quedó admirado, y recibió por otra parte mucho contento, y desque vió el casco y el que tenía su Huichilóbos, tuvo por cierto que éramos del linaje

de los que les habían dicho sus antepasados que vendrían á señorear aquesta tierra. Aquí es donde dice el coronista Gómora muchas cosas que no le dieron buena relacion. Dejallos hé aquí, y diré lo que mas nos acaesció.

CAPITULO XXXIX.

Cómo fué Tendile á hablar á su señor Montezuma y llevar el presente, y lo que hicimos en nuestro real.

Desde que se fué Tendile con el presente que el capitán Cortés le dió para su señor Montezuma, é había quedado en nuestro real el otro gobernador que se decia Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí trajeron indios para que hiciesen pan de su maíz, y gallinas, fruta y pescado, y de aquella proveían á Cortés y á los capitanes que comían con él (que á nosotros los soldados, si no lo mariscábamos ó íbamos á pescar, no lo teníamos); y en aquella sazón vinieron muchos indios de los pueblos por mí nombrados, donde eran gobernadores aquellos criados del gran Montezuma, y traían algunos dellos oro y joyas de poco valor y gallinas á trocar por nuestros rescates, que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas, y con aquellos nos sustentábamos, porque comunmente todos los soldados traíamos rescate, como teníamos aviso cuando lo de Grijalva que era bueno traer cuentas, y en esto pasaron seis ó siete días; y estando en esto vino el Tendile una mañana con mas de cien indios cargados, y venía con ellos un gran cacique mejicano, y en el rostro, facciones y cuerpo se parecia al capitán Cortés, y adrede lo envió el gran Montezuma; porque, según dijeron, cuando á Cortés le llevó Tendile dibujada su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dijeron que un principal que se decia Quintalbor se le parecia á lo propio á Cortés, que así se llamaba aquel gran cacique que venía con Tendile; y como parecia á Cortés, así le llamábamos en el real Cortés allá, Cortés acullá. Volvamos á su venida y lo que hicieron en llegando donde nuestro capitán estaba, y fué que besó la tierra con la mano, y con braseros que traían de barro, y en ellos de su incienso le zahumaron, y á todos los demás soldados que allí cerca nos hallamos; y Cortés les mostró mucho amor y asentólos cabe sí; é aquel principal que venía con aquel presente traía cargo juntamente de hablar con el Tendile (ya he dicho que se decia Quintalbor); y después de haberle dado el parabien venido á aquella tierra, y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodón encima dellas, lo primero que dió fué una rueda de hechura de sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valia, á lo que después dijeron que le habían pesado, sobre veinte mil pesos de oro, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna con muchos resplandores, y otras figuras en ella, y esta era de gran peso, que valia mucho, y trujo el casco lleno de oro en granos crespos como lo sacan de las minas, que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en mas, por saber cierto que había buenas minas, que si trujeran treinta mil pesos. Mas trajo veinte ánades de oro, de

muy prima labor y muy al natural, é unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas, de hechura de tigres y leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, é otros pinjantes, é doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmas, y todo esto de oro muy fino y de obra vaciadiza; y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes y otras de plata, y aventadores de lo mismo, pues venados de oro sacados de vaciadizo; é fueron tantas cosas, que, como há ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo; y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodón tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantos no quiero en ello mas meter la pluma, porque no lo sabré escribir. Y después de haberlo dado, dijo aquel gran cacique Quintalbor y el Tendile á Cortés que recibía aquello con la gran voluntad que su señor se lo envía, é que lo reparta con los teules que consigo trae; y Cortés con alegría los recibió; y dijeron á Cortés aquellos embajadores que le querían hablar lo que su señor Montezuma le envía á decir. Y lo primero que le dijeron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan á su tierra, como le han dicho que somos, porque sabía lo de Tabasco; y que deseara mucho ver á nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan léjas tierras como venimos tiene noticia dél, é que le enviará un presente de piedras ricas, é que entre tanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad; é cuanto á las vistas, que no curasen dellas, que no había para qué; poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó á dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dió á cada gobernador dos camisas de holanda y diamantes azules y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su embajador á Méjico á decir á su señor el gran Montezuma que, pues habíamos pasado tantas mares y veníamos de tan léjas tierras solamente por le ver y hablar de su persona á la suya, que así se volviese, que no lo recebería de buena manera nuestro gran rey y señor, y que adonde quiera que estuviere le quiere ir á ver y hacer lo que mandare. Y los embajadores dijeron que irían y se lo dirían; mas que las vistas que dice, que entienden que son por demás. Y envió Cortés con aquellos mensajeros á Montezuma de la pobreza que traíamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada, con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de holanda, y otras cosas, y les encomendó la respuesta. Fuéronse estos dos gobernadores, y quedó en el real Pitalpitoque, que parece ser le dieron cargo los demás criados de Montezuma para que trujese la comida de los pueblos mas cercanos. Dejallo hé aquí, y diré lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO XL.

Cómo Cortés envió á buscar otro puerto y asiento para poblar, y lo que sobre ello se hizo.

Despachados los mensajeros para Méjico, luego Cortés mandó ir dos navíos á descubrir la costa adelante, y por capitán dellos á Francisco de Montejo, y le man-

dó que siguiere el viaje que habíamos llevado con Juan de Grijalva, porque el mismo Montejo había venido en nuestra compañía y del Grijalva, y que procurase buscar puerto seguro y mirase por tierras en que pudiésemos estar, porque bien via que en aquellos arenales no nos podíamos valer de mosquitos y estar tan léjos de poblaciones; y mandó al piloto Alamínos y Juan Alvarez el Manquillo, fuesen por pilotos, porque sabían aquella derrota, y que diez días navegase costa á costa todo lo que pudiesen; y fueron de la manera que les fué dicho é mandado, y llegaron al paraje del río Grande, que es cerca de Panuco, adonde otra vez llegamos cuando lo del capitán Juan de Grijalva, y desde allí adelante no pudieron pasar, por las grandes corrientes. Y viendo aquella mala navegacion, dió la vuelta á San Juan de Ulúa, sin mas pasar adelante, ni otra relacion, excepto que doce leguas de allí habían visto un pueblo como fortaleza, el cual pueblo se llamaba Quiahuistlan, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto que le parecia al piloto Alamínos que podrían estar seguros los navíos del norte; púsosele un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parecia á otro puerto que hay en España que tenía aquel propio nombre feo; y en estas idas y venidas se pasaron al Montejo diez ó doce días. Y volveré á decir que el indio Pitalpitoque, que quedaba para traer la comida, alojó de tal manera, que nunca mas trujo cosa ninguna; y teníamos entonces gran falta de mantenimientos, porque ya el cazabe amargaba de mohoso, podrido y sucio de fátulas, y si no íbamos á mariscar no comíamos, y los indios que solían traer oro y gallinas á rescatar, ya no venían tantos como al principio, y estos que acudían, muy recatados y medrosos; y estábamos aguardando á los indios mensajeros que fueron á Méjico por horas. Y estando desta manera, vuelve Tendile con muchos indios, y después de haber hecho el acato que suelen entre ellos de zahumar á Cortés y á todos nosotros, dió diez cargas de mantas de pluma muy fina y ricas, y cuatro chalchuites, que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas en mas estima entre ellos, mas que nosotros las esmeraldas, y es color verde, y ciertas piezas de oro, que dijeron que valia el oro, sin los chalchuites, tres mil pesos; y entonces vinieron el Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran cacique, que se decia Quintalbor, no volvió mas, porque había adolecido en el camino; y aquellos dos gobernadores se apartaron con Cortés y doña Marina y Aguilar, y le dijeron que su señor Montezuma recibió el presente y que se holgó con él, é que en cuanto á la vista, que no le hablen mas sobre ello, y que aquellas ricas piedras de chalchuites que las envía para el gran Emperador, porque son tan ricas, que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en mas estima las tenía, y que ya no cure de enviar mas mensajeros á Méjico. Y Cortés les dió las gracias con ofrecimientos; y ciertamente que le pesó á Cortés que tan claramente le decían que no podrían ver al Montezuma, y dijo á ciertos soldados que allí nos hallamos: «Verdaderamente debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algún día le hemos de ir á ver.» Y respondimos los soldados: «Ya querríamos estar envueltos con él.» Dejemos por agora las vistas, y digamos que en aquella sazón era hora del Ave-

María, y en el real teníamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un medaño de arena, el mas alto, y delante de aquella cruz decíamos la oracion de la Ave-Maria; y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillar, como eran indios muy entremetidos, preguntaron que á qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera. Y como Cortés lo oyó, y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo Cortés al fraile: «Bien es agora, Padre, que hay buena materia para ello, que les demos á entender con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa fe;» y entonces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo, que unos buenos teólogos no lo dijieran mejor; y después de declarado cómo somos cristianos é todas las cosas tocantes á nuestra santa fe que se convenían decir, les dijeron que sus ídolos son malos y que no son buenos; que huyen de donde está aquella señal de la cruz, porque en otra de aquella hechura padeció muerte y pasión el Señor del cielo y de la tierra y de todo lo criado, que es el en que nosotros adoramos y creemos, que es nuestro Dios verdadero, que se dice Jesucristo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercero día y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados dél; y se les dijo otras muchas cosas muy perfectamente dichas, y las entendían bien, y respondían cómo ellos lo dirían á su señor Montezuma; y tambien se les declaró que una de las cosas por que nos envió á estas partes nuestro gran emperador fué para quitar que no sacrificasen ningunos indios ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos á otros, ni adorasen aquellas malditas figuras; y que les ruega que pongan en su ciudad, en los adoratorios donde están los ídolos que ellos tienen por dioses, una cruz como aquella, y pongan una imagen de nuestra Señora, que allí les dió, con su Hijo precioso en los brazos, y verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasaron otros muchos razonamientos, é yo no los sabré escribir tan por extenso, lo dejaré, y traeré á la memoria que cómo vinieron con Tendile muchos indios esta postrera vez á rescatar piezas de oro, y no de mucho valor, todos los soldados lo rescatábamos; y aquel oro que rescatábamos dábamos á los hombres que traímos de la mar, que iban á pescar, á trueco de su pescado, para tener de comer; porque de otra manera pasábamos mucha necesidad de hambre, y Cortés se holgaba dello y lo disimulaba, aunque lo veía, y se lo decían muchos criados y amigos de Diego Velazquez que para qué nos dejaba rescatar. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO XLI.

De lo que se hizo sobre el rescatar del oro, y de otras cosas que en el real pasaron.

Como vieron los amigos de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que algunos soldados rescatábamos oro, dijéronselo á Cortés que para qué lo consentía, y que no lo envié Diego Velazquez para que los soldados llevasen todo el mas oro, y que era bien mandar preguntar que no rescatasen mas de ahí adelante, sino fuese el mismo Cortés, y lo que hubiesen habido, que lo